

Principales plantas sagradas de Sudamérica

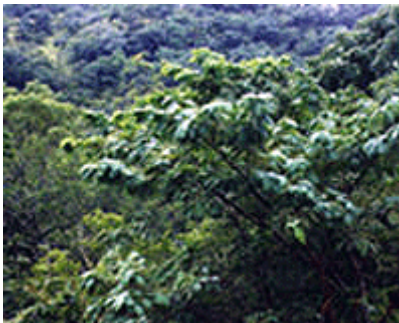
por Ana M. Llamazares y Carlos Martínez Sarasola
con la colaboración de Florencia Funes¹



*“Las pociones y productos vegetales visionarios
que modifican a voluntad el estado de la mente
son considerados **sagrados**
y se usan para mejorar la salud de las personas,
para entrar en dimensiones mágicas de su realidad
o para integrar con más fuerza la sociedad que forman.”*

Josep Fericgla. *Los jíbaros, cazadores de sueños.*

I. Introducción



La utilización de poderosas plantas autóctonas para el diagnóstico y la curación de enfermedades, así como para la comunicación con planos sobrenaturales, ha sido desde hace milenios y sigue siendo en la actualidad, un recurso fundamental en el chamanismo americano.

Este conocimiento, particular a cada área y cultura, abarca prácticamente todas las regiones del continente; y su antigüedad nos remonta a una escala de miles de años. Citaremos tan sólo dos ejemplos para atestiguar la profundidad temporal de este saber, uno del área amazónica y otro del área andina. Las últimas investigaciones indican que la ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*), una de las plantas sagradas más importantes de la selva amazónica, es utilizada por los indígenas desde hace no menos de cinco mil años (Schultes 1972:38-39; Naranjo, P. 1986:117-127; Fericgla 1997:29). Por su parte, el uso arqueológico del cebil (*anadenanthera colubrina var. cebil*) se encuentra ampliamente documentado en los Andes meridionales desde una fecha tan antigua como 2.130 años antes de Cristo y hasta épocas posteriores a la conquista española (Fernandez Distel 1980, 1982 - Pérez Gollán y Gordillo 1993, 1994).

¹ Agradecemos la colaboración de Cecilia Martínez en el diseño del mapa y el cuadro.

Estas plantas -que en Occidente, como veremos en seguida, han recibido diversas y contrastantes denominaciones y acercamientos- para los indígenas son consideradas *sagradas*. Por esta razón, nos ha parecido apropiado adoptar este término como denominación general, o en su defecto el neologismo de similiar significación *enteógenos*, acuñado ya hace un par de décadas por varios autores (Ruck et.al. 1979), por encima de otros que, si bien describen con más precisión sus efectos (psicoactivos, psicotrópicos, psikedélicos), resultan más técnicos y por tanto, carentes de la dimensión espiritual que el fenómeno conlleva.

Si bien el propósito fundamental de este trabajo es presentar una síntesis ordenada de la información botánica, química y cultural de las que hemos seleccionado como principales plantas sagradas utilizadas por las tradiciones chamánicas de Sudamérica, también consideramos que era oportuno en esta introducción, dedicar unos párrafos a revisar algunas cuestiones terminológicas. Sobretodo porque sigue siendo necesario cuestionar e incluso desechar una designación aún muy utilizada -al menos en la Argentina- como es el término "alucinógeno", profundamente cargado de connotaciones negativas, patológicas y etnocentristas; que al mismo tiempo, asocia peligrosamente estas plantas con la idea occidental de "drogas". Pese a que existen múltiples razones y fundamentos que diferencian claramente estas plantas de las sustancias que generan drogadependencia, éste es un terreno delicado y siempre susceptible de confusiones.

El término *alucinógeno* proviene de la toxicología y la psiquiatría. Pareciera que fue usado por primera vez en una publicación del año 1953 cuyo autor era un médico inglés -Christopher Johnson- quien a su vez la habría tomado de otros tres médicos estadounidenses: Humphry Osmond, John Smythies y Abram Hoffer. El título del trabajo era justamente: *The Hallucinogenic Drugs* (Las drogas alucinogénicas). Y la denominación "alucinógeno" se aplicó a las sustancias psicoactivas -desde entonces consideradas drogas- que producen efectos semejantes a los que son propios de ciertas enfermedades o desórdenes mentales, en los cuales la persona cree ver, oír o sentir cosas que no provienen de ningún estímulo sensible externo "real", sino que son creaciones distorsionadas de su propia mente.

La palabra alucinación es equiparable a delirio, alucinar es percibir cosas inexistentes. Y todo aquél que alucina es considerado como un alterado o enfermo. Señalan Ruck et al.: "(...) el verbo 'alucinar' impone de inmediato un juicio de valor sobre la naturaleza de las percepciones alteradas, -señalan Ruck, Wasson y otros autores- pues significa 'ofuscar, seducir o engañar, haciendo que se tome una cosa por otra. Procede del latín (h)al (l) ucinari, 'divagar mentalmente o hablar sin sentido' y en esa lengua es sinónimo de verbos que significan estar loco o delirar. Además -agregan con toda contundencia- según parece, fue tomado del griego, donde forma parte de una familia de palabras que implican movimiento incesante y agitación perpleja, tal como la causada por el duelo y la desesperación. ¿Cómo puede un término semejante permitirnos comentar con imparcialidad esos trascendentes y beatíficos estados de comunión con las deidades que, según lo han creído muchos pueblos, la gente o los chamanes pueden alcanzar mediante la ingestión de lo que solemos llamar 'alucinógenos'?" (Ruck et.al. 1995:232).

Más profunda aún que esta connotación del término con un orden patológico, es la implícita condena - propia de la racionalidad occidental, especialmente la racionalidad cientificista- a cualquier estado de conciencia que no se corresponda con el de la percepción o realidad ordinaria. El uso de la palabra "alucinógeno" para referirse justamente a los medios que permiten alcanzar la experiencia directa de lo divino, o al menos otros niveles de conciencia -u otros planos de realidad, si llevamos el argumento hasta un terreno ontológico- está implicando ya de entrada su cuestionamiento y la ilegitimación de su misma condición de existencia. Detrás de esta designación aparentemente "técnica" se encubren argumentos y actitudes logocentristas que han resultado nefastos instrumentos de discriminación y control social.

Por todas estas razones consideramos desechable la aplicación del término "alucinógeno" para referirse a las plantas sagradas, más aún teniendo en cuenta que su utilización se extendió en la bibliografía de manera indiscriminada.

Aún autores claramente concientes de la especificidad de estos vegetales y de su sentido espiritual, como el propio Albert Hofmann, descubridor del LSD y coautor de una de las obras capitales de la etnobotánica moderna titulada paradójicamente *"Las plantas de los dioses. Orígenes del uso de los alucinógenos"*, emplea profusa y acríticamente la palabra: *"Plantas que alteran las funciones normales de la mente y el cuerpo siempre han sido consideradas sagradas en las sociedades no industriales, y los alucinógenos han sido 'las plantas de los dioses' por excelencia."* (Schultes y Hofmann 1982:7).

"Los alucinógenos se distinguen de todas las demás sustancias psicoactivas por sus profundos efectos sobre la psique humana. Ellos promueven cambios psicológicos radicales asociados con la alteración de las experiencias de espacio y tiempo, las categorías más básicas de la existencia humana. (...) Los alucinógenos nos llevan a otro mundo, del tipo del mundo de los sueños, que sin embargo se vive como completamente real (...) Al mismo tiempo, si la dosis no es muy alta, se retienen por completo la conciencia y la memoria. Esta es una distinción clave entre estas sustancias y los opiáceos u otros intoxicantes, cuyos efectos están asociados con una obnubilación de la conciencia." (conferencia inédita de A. Hofmann, citada en Rudgley 1998:126 -traducción nuestra).

Otra denominación -mejor intencionada en sus orígenes- se popularizó durante las década de los '60 y '70 de la mano de la "contracultura" y el hippismo, y debido a sus excesos, también se desacreditó rápidamente. Es el término *psicodélicos* o más precisamente *psiquedélicos*. Su creador fue el psiquiatra inglés Humphrey Osmond, ya mencionado, quien una vez radicado en Canadá en la década del '50, comenzó a experimentar con LSD para recuperar pacientes alcohólicos, al tiempo que se convertía en un tesorero investigador de los efectos de esta sustancia recientemente descubierta. Entre otras experiencias Osmond suministró mescalina a Aldous Huxley, el famoso escritor y filósofo inglés, quien voluntariamente se internó en el mundo de los estados amplificados de conciencia. En una discusión epistolar que mantuvieron durante el año 1956 acerca de cómo designar adecuadamente a la mescalina, Huxley había propuesto la siguiente rima: *"To make this trivial world*

sublime/take a half a gramme of phanerotime"², derivando este último término de una expresión en griego que aproximadamente significaría "manifestador o revelador del alma". Esta palabra no tuvo el menor éxito, tal vez por su rareza, pero en cambio, la que usó Osmond para retrucarle se hizo muy famosa: "*To fathom Hell or soar angelic / Just take a pinch of psychedelic*"³. Algunos de sus defensores más recientes, como el psicólogo norteamericano Richard Yensen, quien incluso rescata este término para proponer la creación de un nuevo campo interdisciplinario que llama *medicina psiquedélica* considera que "(...) etimológicamente sigue siendo un término espiritual, profundo y adecuado para una familia de compuestos que abren la mente a una experiencia que va más allá de los límites espaciotemporales del ego." (Yensen 1998:26)⁴. Sin embargo, es innegable su inmediata asociación con el movimiento que incluso recibió el mismo nombre: la "psicodelia" de los años 60. El uso extremadamente desacralizado y hasta desenfrenado que se hizo de estas sustancias, sin importar su naturaleza química o vegetal, ni cuidar los contextos rituales de origen, propios de las tradiciones indígenas, sumado a las nefastas consecuencias que tuvo para muchos que se embarcaron en esa corriente; todo ello creemos que desacredita el término como designación inapropiada para referirse a las plantas sagradas o su empleo chamánico.

Debido a esta historia de dificultades terminológicas, posteriormente algunos autores consideraron necesario acuñar un nuevo neologismo que diera mejor cuenta de la función más significativa de estas plantas y sustancias, que es la de permitir una vivencia interna de lo divino. Así, en 1979, en un artículo ya clásico, Gordon Wasson -el conocido estudioso de los hongos "mágicos"- y sus colaboradores, Carl Ruck, Jeremy Bigwood, Dany Staples y Johnattan Ott proponen reemplazar los términos alucinógenos y psiquedélicos por *enteógenos*, cuya etimología significa "que genera a Dios en nuestro interior". "En griego, *entheos* significa literalmente "dios (*theos*) adentro", y es una palabra que se utilizaba para describir el estado en que uno se encuentra cuando está inspirado y poseído por el dios, que ha entrado en su cuerpo. Se aplicaba a los trances proféticos, la pasión erótica y la creación artística, así como aquellos ritos religiosos en que los estados místicos eran experimentados a través de la ingestión de sustancias que eran transustanciales con la deidad. En combinación con la raíz *gen-*, que denota la acción de "devenir" esta palabra compone el término que estamos proponiendo: *enteógeno*." (Ruck et.al. 1995:235).

Esta nueva designación ha ido ganando adeptos con el transcurso del tiempo. Hoy en día es utilizada por muchos autores, en diversos idiomas; e incluso una derivación del mismo -*enteobotánica*- comienza a aplicarse para designar el campo de estudio en sí mismo. Sin embargo, alguno de sus creadores ha reconocido que una de sus limitaciones es que si bien se ha resuelto elegantemente el problema de encontrar un término culturalmente

² "Para tornar sublime a este mundo trivial, tome medio gramo de fanerotime" (traducción nuestra)

³ "Para descender al Infierno o elevarse a lo angélico, sólo tome una pizca de psiquedélico" (traducción nuestra). Citado en: Rudgley 1998:210.

⁴ Según el Oxford English Dictionary, *psyche* es "el principio que anima al hombre y a otros seres vivientes, la fuente de toda actividad vital, racional o irracional, el alma o espíritu, que se distingue del vehículo material" y la desinencia *delic* provendría también del griego *delos* que significa "manifestar, revelar o hacer visible". (Citado en Yensen 1998:26)

apropiado y no peyorativo, esta denominación no permite identificar las propiedades farmacológicas de la planta o sustancia en cuestión. La dificultad proviene también, de que no es sencilla ni unívoca su clasificación química, ya que presentan distintos tipos de alcaloides, trepanoides y aminoácidos en sus estructuras. De modo que para ser precisos no queda más remedio que emplear una frase compuesta, en donde el segundo término se refiera al tipo de efecto que se produce (Ott 1995).

Entre toda la terminología en uso, la palabra *enteógeno* -y sus derivados- nos resulta entonces una de las más aceptables para referirnos al uso cultural de sustancias -vegetales o sintéticas- que producen estados amplificados de conciencia. Por nuestra parte, hemos preferido adoptar la expresión *plantas sagradas*, por considerarla más amplia en su extensión teórica y a la vez, más cercana al sentido que estos vegetales tienen para los mismos indígenas.

En la concepción indígena, este tipo de plantas se distinguen de las exclusivamente medicinales, pues contienen además de las propiedades curativas, la posibilidad de poner a la persona que las toma, en un estado de conciencia amplificado equiparable al trance extático, gracias al cual se modifica la percepción; y ya sea a través de sensaciones corporales, auditivas, visiones o impactos cognitivos, se puede entrar en contacto con planos o entidades sobrenaturales. Estos pasajes o cambios de conciencia son en sí mismos curativos, más allá de las maniobras específicas que pueda realizar a su vez el chamán. En los contextos indígenas tradicionales, es inconcebible el uso de estas plantas con fines frívolos, meramente lúdicos o escapistas. Su conocimiento se transmite con las restricciones propias de los saberes reservados. Sólo se preparan e ingieren en la observancia de normas estrictas y en el marco de ceremonias o rituales, por lo general a cargo de chamanes o personas de conocimiento.

Pero tal vez lo más significativo de estas plantas es su poder como instrumentos de comunicación con los planos divinos y sagrados. También siguiendo una concepción propia de las cosmovisiones indígenas, creemos que la dimensión de lo sagrado es más amplia y abarca como una parte de ella, el territorio de los dioses o lo divino. Si bien acordamos que los principios divinos son una de las principales representaciones de lo sagrado -y en este nivel resulta estrictamente apropiado el término enteógenos-, estas plantas no sólo permiten la comunicación con este plano, sino que habilitan la vivencia profunda e íntima de una instancia omnicompreensiva, que implica la experiencia de comunión con la Totalidad.

Desde este punto de vista, nos parece importante a su vez, que la manera de referirnos a estas plantas resulte concordante con las designaciones que otros autores han adoptado para nombrar este campo de estudio, que trasciende por cierto las fronteras disciplinarias tradicionales, y comprende un abordaje global y comprehensivo del fenómeno de las múltiples dimensiones de la psiquis humana.

En el marco de la ciencia occidental replanteada en base a nuevos paradigmas como el modelo de cerebro de Karl Pribram y la teoría física del holomovimiento de David Bohm, la psicología ha ampliado también sus

fronteras para incluir todo el espectro de experiencias que trascienden la conciencia ordinaria del ego. Dentro de este nuevo enfoque transpersonal de la psicología, el psiquiatra Stanislav Grof ha acuñado el término *holotrópico* para un tipo de terapia que combina técnicas de respiración, música evocativa y otras formas de sonido y trabajo corporal, por medio de las cuales se accede a estados de conciencia semejantes a los obtenidos tradicionalmente con las plantas o sustancias enteógenas. El término deriva del griego *holos* (totalidad) y *tropos* (movimiento o tendencia). Su psicología entiende que el ser humano es una partícula del universo y lo contiene holográficamente dentro de sí; tendiendo permanentemente a reunirse con la totalidad. Toda experiencia holotrópica resulta así terapéutica, en tanto nos acerca un poco más hacia la integración con el Todo⁵.

Buscando expresar además el potencial creativo de estos estados de conciencia, el antropólogo Josep Fericgla, ha incorporado otro término muy similar: el estado de *conciencia holorénica*. También inspirado en el griego *eurisko* que significa inventar, hallar, descubrir; la conciencia holorénica sería el “*nivel de procesamiento mental que conlleva a la creación, y el acto de descubrir la globalidad del universo*”. Según Fericgla “*el estilo o modo expresivo es el mitopoyético, y a través de él se manifiesta un estado mental holorénico (...) lo que sucede cuando uno está en actitud de captar aquello inefable que genera nuestra mente y transportarlo al mundo ‘objetivo’, cuando se está o se espera la inspiración.*” (Fericgla 1989:23).

Ambos términos -holotrópico y holorénico- son muy coincidentes y expresan la misma necesidad de dar nuevos nombres, más apropiados y expresivos, a todo un campo de fenómenos que se revela cada vez más amplio y complejo. Particularmente, el descubrimiento de las facultades de las plantas sagradas y la relación tan especial que los pueblos indígenas han tenido y tienen aún con ellas, como “maestras” y “puertas” de conocimiento, es un terreno aún incipientemente explorado.

Distintas disciplinas como la antropología, la psicología, la medicina, la etnobotánica, la biología o la química vienen estudiando seria y sistemáticamente la importancia de estas plantas. Desde hace unos treinta años a esta parte, se agrega al interés científico, una actitud de revalorización de la sabiduría ancestral de los indígenas y la búsqueda por complementar esos conocimientos con los de Occidente. En ciertos puntos, la nueva ciencia holística occidental, encuentra coincidencias con las concepciones indígenas, por ejemplo en lo que se refiere a los conceptos de salud y enfermedad, como unidad dinámica de lo físico, lo emocional y lo espiritual. La convergencia de estas concepciones amplía las fronteras del conocimiento, al tiempo que permite una visión más abarcativa e integral del ser humano y sus posibilidades⁶.

⁵ La bibliografía para este punto es extensísima y no la incluimos al final pues no corresponde exactamente con el tema de este artículo. Mencionaremos aquí tan sólo algunas obras principales como Grof, S. 1988. *Psicología Transpersonal*. Barcelona, Kairós; 1992. *La Mente Holotrópica*. Buenos Aires, Planeta 1994; *Psicología del Futuro*. Barcelona, La liebre de marzo 2002; y Tart, Charles 1994. *Psicologías Transpersonales*. Barcelona, Paidós.

⁶ Encuentros de magnitud internacional como la Cumbre de Río de 1992 han contribuido también a legitimar el conocimiento indígena sobre las plantas, tanto enteogénicas como medicinales, y la necesidad de la preservación de los bosques tropicales como ámbito específico y reservorio de esa sabiduría.

En este trabajo quisimos suplir una carencia bibliográfica al reunir información tanto antropológica como botánica, de las principales plantas sagradas utilizadas por los chamanismos indígenas de Sudamérica. Hemos elegido nueve géneros vegetales y algunas de sus respectivas especies, éstos son: *Anadenanthera* (cebil), *Banisteriopsis* (ayahuasca), *Brugmansia* (floripondio), *Datura* (chamico), *Drymis* (canelo), *Erythroxylum* (coca), *Nicotiana* (tabaco), *Trichocereus* (San Pedro y Wachuma) y *Virola* (epena). La presentación de la información, tanto en el texto que sigue como en el cuadro al final, se ordenó alfabéticamente. Se incluye también un mapa de distribución aproximada en función de criterios geográfico-culturales. Se han utilizado numerosas fuentes bibliográficas que se citan en la bibliografía al final, así como información propia aún inédita, recogida en el marco del proyecto de investigación sobre *Etnomedicina y Chamanismo de Sudamérica* que llevamos a cabo entre 1996 y 1999 en el marco de la Fundación desdeAmérica. Desde ya que se trata de una síntesis introductoria que sólo pretende ordenar y reunir información dispersa en muy diversas fuentes, y despertar la atención sobre la importante concentración de plantas sagradas que posee tan sólo la porción meridional de nuestro continente.